

ontró Soto Borda con el inspi-  
do Echeverría; éste le contó la  
vecinos de Las Cruces y aquél

voy ahora para Las Cruces,  
plata; pero apenas levante si-  
s me voy para allá y verás que

ue te curten—le aconsejó Eche-

no me pegan.

Borda consiguió cinco o diez  
tarde para Las Cruces. En la  
de la plaza había en ese tiempo  
se llamaba *La Rueda Pelton*; a  
Borda con la mayor impavidez,  
e los reservados y pidió una

individuos que lo habían visto  
cortinilla, asomaron la cabeza  
gritó:

Borda, salga, que tenemos que

des y se toman un trago con-  
fímaco.

esquina para que nos pegue-  
otro.

, sin inmutarse, le dio esta con-  
acogida con las carcajadas de  
esueltos a apalearlo:

—No podemos pegarnos usted y yo en la es-  
quina porque no somos avisos.

Una caja de colores.—Don Tomás Pardo Ri-  
vadeneira era un caballero bogotano que perte-  
necía a una de las más honorables familias de  
la capital.

Existió el señor Pardo en aquellos buenos  
tiempos en que—mucho más que ahora—el in-  
genio se daba silvestre, y las salidas chispeantes  
surgían a porrillo.

Ni que decir hay que el espíritu burlón de  
don Tomás le dictaba a cada paso oportunas agu-  
dezas y no pocas guasas que eran el regocijo de  
sus compañeros.

En aquella época—que el Indio Uribe cali-  
ficó de «tiempo de la avalancha métrica»—todos  
sabían hacer versos. Se me dirá que hoy también;  
pero hay que distinguir: en aquellos tiempos to-  
dos *sabían* hacer versos y hoy todos los hacen,  
aunque no lo sepan, lo que no es lo mismo, y  
así sale ello.

Estaba una vez el señor Pardo Rivadeneira  
de paseo en la hacienda de Peñalisa, en compa-  
ñía de su íntimo amigo el ilustre publicista Aní-  
bal Galindo, y determinaron venirse una madru-  
gada en canoa, río abajo.

Eran apenas las cinco de la mañana, en una  
de esas mañanas de diciembre en que el ama-  
necer de tierra caliente es una orgía de colores,  
un derroche de luz y una profusión de claridades.